

EL PACTO Y LA COEXISTENCIA El acuerdo sobre no proliferación del arma atómica se ha firmado en las Naciones Unidas tras una larga, paciente batalla diplomática que ha durado años. Apenas ha despertado interés. Los medios de información dedicaban en esos momentos el noventa por ciento de su espacio al relato de los actos de violencia en el mundo; el acuerdo no representaba un verdadero contrapeso, era apenas una medida burocrática. Se ha registrado la acostumbrada protesta china por esa nueva «colusión», tantas veces por ella denunciada, entre «el imperialismo americano y el revisionismo soviético» y, en realidad, lo verdaderamente importante del acuerdo es ese tema de la aproximación entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos que se viene dibujando, con altos y bajos, desde los tiempos del Presidente Kennedy y de Nikita Krutchev. Es una prueba más de que en los centros directores de los dos países se sigue aún sosteniendo la tesis de la «guerra imposible». Es decir, de que las condiciones de la guerra son hoy tales que el vencedor tendría tanto que perder como el vencido.

Algunos observadores de la gran aventura humana, como el filósofo de la historia Arnold J. Toynbee, creen que la imposibilidad de la guerra es la causa profunda del malestar del mundo. Toynbee se congratula de que sea así: es preferible este malestar, muestra de que se están buscando otras salidas, que la destrucción posible de la Humanidad. No todo el mundo piensa lo mismo. Hay quien cree en la higiene de las guerras. La frase está patentada por los primeros fascistas italianos: «Guerra sola higiene del mundo» se titulaba uno de los libros del futurista Marinetti, en 1915, y se hablaba entonces de la necesidad de un «baño de sangre» para «lavar» la decadencia nacional. Es curioso observar que en aquel momento los fascistas italianos estaban más interesados en que Italia entrase en la guerra que en elegir el bando al que debía apoyar, y que cuando los «intervencionistas de izquierda» —en favor de los países aliados frente a las potencias centrales— fueron mayoría, los fascistas se sumaron a ellos. La guerra por la guerra, como valor en sí independientemente de sus fines, la guerra «fresca y alegre», como decía el Kronprinz —príncipe heredero de la corona en Alemania—, es uno de los mitos permanentes de la Humanidad. Se la ha considerado «regeneradora», con un «valor educativo del que nunca se podrá dudar» (Paul Bourget); se ha considerado que, sin ella, «el mundo se hundiría en el materialismo» (Von Moltke); se le han dado valores religiosos, aun cristianos: Joseph de Maistre estimaba que la tierra, «embebida continuamente por la sangre» de las guerras, era «un inmenso altar», y que «jamás el cristianismo parece más sublime, más digno de Dios, más hecho para el hombre, que durante las guerras».

Todos estos valores míticos, fantásticos, entraron seriamente en crisis en la postguerra, cuando las enormes llagas estaban abiertas. Están reapareciendo, aún disimuladamente, ahora. Es la tesis de la «falta de ideales» que viene a concordar con el «hundimiento en el materialismo» de Von Moltke. Esta tesis pretende que las guerras se producen cada veinte o veintidós años: es decir, cuando las nuevas generaciones que no han conocido la guerra no sienten el freno de la cobardía, del miedo, y defienden los «ideales superiores». Ha pasado ya el espacio de una generación completamente nueva desde que terminó la II Guerra Mundial, la nueva guerra es «imposible» y la juventud se desintegra, se enferma, porque no tiene «ideales», no tiene salida para sus impulsos.

Esta idea parece más bien monstruosa, aberrante y subversiva, en el sentido de que cambia radicalmente los valores reales, como es el de entender que las fuerzas morales están

en la guerra y no en la paz. Si se analizan los movimientos generales de la juventud del mundo de hoy, se verá fácilmente que su inquietud no procede de la falta de guerra, sino precisamente del temor a que la guerra no sea tan inevitable como se dice. La contradicción esencial de nuestro tiempo es que vivimos en una sociedad de guerra, y la guerra no se produce: la tendencia lógica no es la de procurar la guerra para que la sociedad se realice, sino cambiar la sociedad de guerra en una sociedad de paz. Lo que preocupa seriamente es la existencia de grandes industrias de guerra, de reforzamientos militares en todo el globo; la multiplicación de conflictos llamados locales —ya nada es realmente local—, la derivación de las investigaciones científicas hacia fines bélicos. Lo que inquieta y produce malestar en el mundo no es la falta de guerra, sino la posibilidad de guerra. Por otra parte, no es sólo un problema de juventud. No es un tema generacional.

El pequeño paso burocrático del tratado de no proliferación no va a tranquilizar a nadie. El Pacto Kellogg de 1928, hizo declarar a 65 naciones, entre ellas Estados Unidos, la U.R.S.S., Alemania (que no eran miembros de la Sociedad de Naciones), Francia y Gran Bretaña, que renunciaban a la guerra para siempre: doce años más tarde estaban envueltas en la conflagración más dura que haya conocido la historia hasta ahora. Hay casos más visibles. El pacto germano-soviético se firmó en agosto de 1939; el ataque de Alemania a la U.R.S.S. es de junio de 1941. Los pactos no proporcionan ninguna seguridad real al mundo: son únicamente reflejo de una actualidad, de una situación coyuntural, pero no son capaces de encerrar el futuro. Este pacto, de por sí, por su propia letra, es ya inoperante y blando. El problema no es tanto que haya una colusión, según la favorita palabra de China para estos casos, sino que sólo supone un acuerdo circunstancial y que las grandes contradicciones entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos siguen sin resolver. El problema es que la coexistencia es solamente una palabra estática, que implica una carga de inmovilidad en cada uno de los coexistentes.

¿Es posible una «coexistencia dinámica»? Es decir, un sistema por el cual los dos grupos de naciones que han acaparado el poder y la riqueza realicen unas bases de integración real que les permita acudir a la resolución de los problemas auténticos del mundo, y no ignorar los intereses de la mayoría de la Humanidad. Este es un ideal auténtico, real, y no el de la «guerra resolutive», que es una sangrienta utopía. Las guerras nunca han resuelto nada: han dejado viva la semilla para la guerra siguiente, y unas se han encadenado con otras.

La alternativa que se ofrece a la posible «coexistencia dinámica» es la de la «doble hegemonía»: esto es, el acuerdo soviético-americano para que su buena avenencia les permita un dominio mundial. Las sospechas de que pueda ser así no vienen sólo de Pekín, sino también de Bonn y de París, y de una media docena de otros puntos del globo. El «ni comunismo ni capitalismo» lanzado por De Gaulle en su entrevista con Michel Droit ante la televisión y la radio de Francia, representa esta aspiración; desgraciadamente no está articulada en una verdadera filosofía política, en una doctrina económica real. Es una improvisación, y su único arrastre es el del corporativismo mussoliniano. Ha sido el sueño deteriorado del «tercer mundo», que de ahí tomó su nombre.

Los movimientos sociales e intelectuales de hoy representan un intento de «suprasso», de adelantamiento de esta esclerótica en la coexistencia, y una forma de rechazar las simples fórmulas de propaganda o de desviación de la opinión pública. Son una forma de rechazar la fórmula de guerra permanente.